

EL MUNDO CATOLICO

OFICINA

Calle de Ruzafino, Num. 211

EDITOR RESPONSABLE J. M. ROSETE

SUSCRIPCION MENSUAL

Un Peso Moneda Nacional.

VARIEDADES

Fiestas del Centenario en Valencia.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la descripción que un periódico de aquella capital, hace de la procesión verdaderamente extraordinaria que el día 12 se verificó en obsequio de nuestra Señora de los Desamparados.

Dice así el periódico valenciano: «La gran procesión del Centenario ha satisfecho cumplidamente la ansiosa expectativa del pueblo de Valencia y de los numerosísimos forasteros que han acudido a la fama de la esplendidez de la fiesta.

Pocas ciudades en España, ni fuera de ella, dan a las pompas religiosas el solenne aparato y el pinfloreco efecto que imprime en Valencia a estas fiestas la devoción y la esplendidez de sus religiosos habitantes; pero en esta ocasión, Valencia se ha excedido a sí misma, presentando al inmenso público reunido en la ciudad del Cid un cuadro tan grandioso y conmovedor, que ha admirado y enternecido a los más indiferentes.

Procesiones como la del domingo, sólo se pueden ver en Valencia, y en ocasión rarísima y de extrema solemnidad, y una vez vista, queda de ellas recuerdo eterno. Lastima que la precipitación con que tenemos que escribir no nos permitiera la agradable aunque no fácil tarea de reproducir los principales rasgos de aquel sorprendente cuadro. Aproximados por la falta de tiempo, nos limitamos a hacer una pálida enumeración de lo que vimos.

A las dos y media de la tarde comenzaron su marcha, desde la plaza de la Constitución, las Rocas y carros de triunfo que ha construido el ayuntamiento, en el orden siguiente: el carro que representa Valencia, la ciudad de las flores, tirado por cuatro hermosos caballos castaños y torcos, vistosamente enjaezados como todos los demás tirados de carros y Rocas. Una joven sentada en un trono, en la cima de un carro, y rodeada de niñas que arrojan flores al público, sostenía el estandarte de la Virgen, y en la parte posterior iban los rios Turia y Júcar, representados por dos géneros que llevaban las simbólicas urnas.

Seguía a este el carro de triunfo de María, tirado por cuatro caballos torcos, y sobre él iban varios niños, vestidos de ángel, derramando flores. Como dijimos, sobre el pedestal de este carro se ve un ángel que levanta alto la cruz de María, coronada de rayos; pero con el movimiento del carruaje se hizo pedazo este atributo, de modo que quedó figurada la alegoría del carro triunfal.

También en las restauradas Rocas se notaban bastantes destrozos, y es sensible que habiéndose hecho una reparación de bastante costo, no se haya tenido presente la solidez que requiere la construcción de estos monumentales carros, mucho mas desde que están alojuados las calles y es mas brusco su movimiento.

La Roca de Valencia precedía a las seis antiguas, que guardaban el siguiente orden: la de Purísima, desde la cual se arrojaban flores, dulces y palomitas tenidas de colores; la de la Trinidad, donde se ven las figuras que representan la expulsión de Adán y Eva del Paraíso; la de la Fe, la de San Vicente, desde la cual también se arrojaban palomitas; la de San Miguel, y finalmente la de los siete pecados capitales, vulgarmente llamada Roca diablada.

Los magníficos troncos de mulas, que proporcionan los molineros, para conducir las Rocas, iban fuertemente enjaezados, con arneses de grana y vistosos plumeros de colores, de modo que presentaban hermoso golpe de vista. Sobre los carruajes iban los ruidosos molineros arrojando flores y dulces en gran cantidad.

Una hora más tarde, esto es, a las tres y media, comenzaba a salir la procesión por la puerta de los Apóstoles. Rompían la marcha 16 guardias civiles a caballo. Seguían el pendón de la ciudad, coronado del ratonero, y las antiguas banderolas de las barras de Aragón llevadas por los reyes de armas, con corona y granelas de los mismos colores. Los ébanos y las danzas de la procesión del Corpus marchaban luego, seguidos de los ocho grandes gigantes que causan la admiración de las gentes sencillas. Varias de estos colosales personajes iban vestidos de nuevo y honorem tanti festi, y llamaba la atención la giganta española, tipo y decandade femenina elegancia, con uno de esos sombreritos microscópicos

que inventa la extravagante moda, el indispensable tocado de paja, el elegante pepum y un trage lista, recogido a medias, como exige aquella imperiosa deidad.

Marchaban después los niños del asilo municipal de San Miguel de los Reyes, con una imagen, los del hospicio provincial de Nuestra Señora de la Misericordia, con cuatro imágenes, y los de la catedral, Beneficencia, con ocho. Eran sobre cuatrocientos los niños, pobres, socorridos por beneficencia oficial, que iban en esta sección, todos ellos, muy bien y uniformemente vestidos, y con lucas, como todos los demás que figuraban en la procesión.

Después comenzó el largo desfile de los pueblos de las inmediaciones de Valencia, que han acudido a la fiesta, y presentan en verdad magnífico y pintoresco punto de vista.

Cada pueblo iba precedido por un estandarte rojo, con el blasón de las barras y el nombre del pueblo, con letras de oro. Tras las imágenes llevaban la mayor parte sus bandas de músicos, muchas de ellas con uniforme militar, y sus ecos se mezclaban y confundían en estruendo de concierto, produciendo un efecto característico y entusiasmador. En verdad notable el gran número de bandas de música que hay en los pueblos de esta provincia, compuestas todas estas de trabajadores del campo, que prueban la buena disposición artística de nuestros paisanos.

Pero volviendo a la compendiosa reseña que de la procesión estamos haciendo, enumeraremos los pueblos que en ella estaban representados, por el orden alfabético con que marchaban.

Alacuas, por la Virgen de Nuestra Señora de Olivaria y banda de música.

Aldaya, con dos pendones con la cruz de María, una imagen y música.

Alboraya, que llamaba la atención por el notable y lucido acompañamiento, formado de labradores, vestidos ricos y uniformemente con el traje del país, con chaquetilla y pantalón de pana azul oscuro, ceñidos al cuerpo, de modo que hacía resaltar la arrogante figura de aquellos robustos hijos del campo. Todos ellos llevaban enormes hachas de viento, de once palmos de longitud y una proba de

peso, las cuales producían gran efecto por la gran claridad que derramaban. Esto pueblo llevaba un guión, un bique con la imagen de San Cristóbal, resplandeciente de una tradición de que ya nos hemos ocupado y una anda con la misma imagen, y una banda de música.

Benetúser, con la imagen de San Sebastian, y una banda de música.

Beriduel, con la de los Santos Aldon y Senan, y banda de música.

Burjasot, con un numeroso y lucido acompañamiento, la imagen de Nuestra Señora de la Cabeza y una música, y una banda de música.

Cañanar, con la milagrosa imagen de la Virgen titular de este pueblo, a la cual tiene tanta devoción la gente de nuestra huerta. También llevaba música, y una banda de música.

Catarroja, con la imagen de San Miguel, y una banda de música.

Chirivella, con la de Nuestra Señora de la Salud, que también es de las mas veneradas por nuestro pueblo, y música.

Cuart de Poblet, conduciendo la imagen de Nuestra Señora de la Luz.

Godella, con la de Santa Isabel.

El Grao se hacía de notar por lo numeroso del séquito que acompañaba sus varias imágenes. Iba delante un grande estandarte, con las armas del pueblo, y de él colgaban dos cintas con la inscripción: Villa Nueva del Grao. La cruz milagrosa y la escalera, que se venera en este pueblo, eran conducidos en hombros de los devotos, y rayaba en delirio la ansiedad con que el pueblo se precipitaba sobre ella, para tocarla con los pañuelos, los sombreros o cualquier otra prenda; hasta tal punto llega la fe que inspira esta cruz, a la que la tradición atribuye portentoso origen.

Entre los acompañantes vimos algunos marinos del guarda costa Palmar, una banda de música, ceraba el acompañamiento, que era muy numeroso y brillante, probando la religiosidad y riqueza de la vecina población marítima.

Pueblo nuevo del Mar, llevaba la Virgen del Rosario, y una banda de música.

Manises, con las imágenes de Justa y Rufina, Santas de Sevilla, que por ser alfareras de oficio las eligió para patronas este pueblo, desde muy antiguo dedicado a la industria cerámica. Masanas llevaba un estandarte con

esta inscripción: María, por los devotos de la Aurora, conduciendo la imagen de la Virgen de esta advocación.

Masroches con la imagen de Nuestra Señora del Rosario.

Mislata, con la misma imagen y banda de música.

Palencia, con la imagen de San Jorge.

Palraix, con la de San Roque, llevada por una comparsa de peregrinos.

Picaza, con la pequeña imagen titulada La preciosa sangre de Cristo. Todos los acompañantes llevaban cirios rojos.

Picent, con dos imágenes y dos bandas de música.

Rafallunol, con un hermoso pendón de terciopelo, en el que iban bordadas las harras de Aragón, la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, y una música.

Ruzafa, que era el pueblo que llevaba más numeroso séquito y mayor número de imágenes. Estas eran las de San Luis, San Miguel, Nuestra Señora del Carmen, Nuestra Señora del Rosario, de la Aurora, Jesus Nazareno, y la Virgen de Monte Olivete. Una nutrida banda de música cerraba la comitiva de Ruzafa, que también ha dado brillante prueba de religiosidad.

Partido de San Vicente extramuros, con la imagen de Nuestra Señora del Rosario y una música.

Sedavi, con la imagen de San Joaquín.

Además de las bandas de música enumeradas casi todos los pueblos, llevaban el tabalet y dolzaina, que con sus característicos y alegres ecos, daban colorido especial a este cuadro pintoresco.

No vimos en la procesión a los pueblos de Moncada, Algine, Museros y Palpar, cuya asistencia anunciaba el programa oficial.

Entraban luego los numerosos gremios, cofradías y asociaciones devotas de la ciudad, abriendo la marcha la asociación de cocheros y criados de servicio, que se presentó con mucho brillo y novedad. Iban adelante trece cocheros montados en magníficos caballos, y vestidos con uniformes y libreas. Esta cabalgata llamó mucho la atención del público que se fijaba en la hermipura de sus corceles. Marchaba después un carro

de limpieza; la fuerza tenía, para llevar, un elegante cordón de seda carmesí que remataba en una borla.

Al entrar, se hallaba una antelasia cubierta con una ventana que daba a un patio; esta ventana tenía persiana por la parte exterior, y por la interior una cortina de guinda de flores.

El pequeño recibí, de que voy hablando se cubría en verano con estera de paja, y en invierno con estera pintada de colores vivos; al frente de la puerta había una jarra de hierro, con tierra, que contenía plantas naturales, como sándalo y yerba buena esos dos modestos hijos de la naturaleza de tan suaves y humildes perfumes.

Una banqueta, forrada en damasco de lino verde, rodeaba el recibí, y sobre ella había algunos colgadores dorados para colocar los abrigos de las visitas; por último suspendida del techo había una pequeña lámpara de globo, de cristal blanco, que por la noche daba una luz dulce y suave.

Desle aquella primorosa y fresca antelasia, se pasaba a una sala poco mayor, que tenía a cada lado un gabinete bastante pequeño; el uno servía a Felicia de tocador, el otro de sala de trabajo.

La sala se hallaba adornada con un gusto sencillo y casi severo; a cada lado del balcón, dos mesas de hechura artística, con tibores de mármol, sostenían dos espejos grandes, cuyos mirros eran guirnaldas de flores; lo junto de aquellos espejos, había un gran copa de bronce, en cuya adquisición había empleado Felicia la suma, enorme para ella, de 30 duros; es verdad que la había comprado en la almohada de una gran señora, que había muerto, y que valía sesenta pesos.

Aquella copa era una rica joya artística,

FOLLETTIN.

SUEÑOS Y REALIDADES.

MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

POR

Maria del Pilar Sinués de Marco

mas que en la verdad de mi amor; te lo Valeria, que seas un poco tolerante y reflexiva para ser feliz y para que ni la mas leve contienda altere nuestra dicha doméstica; de esta suerte todos los planes de esa mujer quedarán burlados.

Educa lo me hablaba con tal acento de verdad, que no podía menos de quedar yo convencida.

No me atreví a decirle nada acerca de sus deudas con Sindora; había siempre en mi una delicadeza acaso exagerada, de la que no he podido despostrarme ni aun con mi propia familia.

Aquella noche, la pasó conmigo Eduardo; qué deliciosa velada! fué hablando de mil cosas; yo era una pobre niña ignorante; él había viajado y visto muchos; era instruido, y tenía además un talento natural maravilloso; así es que su conversación tenía, para mí, irresistibles atractivos.

Con qué placer lo escuchaba cuando me refería la vida sencilla, y severa de las jóvenes inglesas, su pureza de costumbres y su incesante actividad!

—Ah, me decía, la mujer se educa pa-

ra ser la alegría de la familia; allí, la vida doméstica tiene en abito, que nosotros desconocemos y que nuestros vecinos los franceses, esclavos de la farsa, desconocen también; allí, lo brillante cede al útil; el salón no está cerrado y resaca para las visitas; sino que bien acondicionado y cálido en invierno, ventilado y perfumado con flores en el verano, sirve de punto de reunión para la familia; a las diez de la noche se sirve el té, y hasta esa hora trabajan las jóvenes en labores, de aguja y de primer; después del té se habla, se toca el piano, se discuten los libros que se han leído, se repasan en voz alta los periódicos y a las doce lo mas tarde, la familia queda entregada al reposo.

Demostro en esta pintura, que Eduardo gustaba de los encantos de la vida doméstica, y esto fue para mí una alegría inmensa, puesto que, aunque educada por mi abuela en medio del fastidio y de la ociosidad, las intinuas y el ejemplo de mi aya habían quedado grabados de un modo indeleble en mi alma, en la que había una natural propensión a todo lo bueno, útil y modesto.

Después de hablar en tanto que tomábamos el té, durante mas de una hora, yo tome mi hora de la noche, y mi marido se puso a leerme una novela de Bulwer, en el mismo idioma y lengua que elegí, y corrí con el que había sido escrita; pronunciaba él los francos de una manera tan armoniosa y tan admirable, que era para mí el oír leer en esta idioma, uno de mis mayores placeres.

Aunque a causa de lo reciente de mi matrimonio, me acordé a la niña para distraerme, aquella apacible velada se hizo un instante, y cuando el reloj dio las doce, nos miramos asombrados.

—Oh, qué agradable noche! exclamé yo,

por qué no habíamos de pasar todas las noches así?

—To la, es imposible, querida Valeria, me dijo un esposo no hombre de desparecer del mundo, donde tenemos nuestro sitio, por hacer los trabajos en la soledad.

Aquella chispa me hizo un día horrible, y contesté con algún amargura:

—No hace mucho, sin embargo, que, hablando de Inglaterra, me ponías la dulzura y encanto de la vida de familia.

—Ciertamente, cuando hay familia; cuando está se compone de dos señoras de edad madura, padres de algunas jóvenes; aquí toda la familia la componen nuestros dos hijos, que entre ambos no componen corriente y mis años; voy a una familia de jóvenes, para cuando sean viejos y estemos rodeados de nietos.

—¿Entonces, ahora quieres brillar en el mundo, por tu belleza, por tu elegancia, por tu gracia?

—Por el momento, por mi belleza, por mi gracia, por mi elegancia, por mi gracia.

—Pero las demás noches, ¿por qué no será una vez a la semana?

—Sin duda, en pasando el primer mes del tu, irás otra noche al teatro.

—Pero aun quedaba cinco veladas; ¿qué harás en ellas?

—Te acompañaré cuando me sea posible, no lo dudes.

—De vras?

—He tratado algunas vez a lo que te he prometido; no dudes de que lo haré; pero ahora vengo a acordarnos.

Después de haber hablado por mi alma muchos dolos, muchos alegres; pero jamás he podido olvidar aquellas deliciosas horas que se disiparon en mi solitario perfume de con las empujadas del jardín, a todo de mi marido, sentados uno en frente del otro, junto a un velador, que sostenía una pequeña lámpara de luz apacible, que res-

